

NOELIA LORENZO PINO

CORAZONES NEGROS



erein

CORAZONES NEGROS

28

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: febrero 2018

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Ilustración de portada:

Joxan Glez. Arruti

Maquetación:

Erein

© Noelia Lorenzo Pino

© EREIN. Donostia 2018

ISBN: 978-84-9109-266-7

D.L.: SS - 183/2018

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus   

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

NOELIA LORENZO PINO
CORAZONES NEGROS

erein

*Para mi prima Yosune, porque en
esta novela hablo de corazones y
ella siempre estará en el mío ♥*

Chiquilla... ser valiente no es suficiente

MILLON DOLLAR BABY

Oiartzun, 18 de abril de 2014. Viernes.

El chisporroteo de la lluvia contra la persiana le despertó antes de que sonara la alarma. Jon Ander se giró y divisó a Baraibar en el otro extremo de la cama. Siempre que dormía con ella tenía la sensación de que lo hacía solo. La tía se arrinconaba allí y no se movía en toda la noche. Estiró el brazo y le acarició la cabeza. Tenía el pelo frío. En casa de Baraibar la temperatura solía ser baja. La orientación de la fachada era norte y ella detestaba la calefacción. Decía que le provocaba dolor de cabeza.

—¿Ya es la hora? —murmuró adormilada.

—Sí.

—Mierda...

Ni siquiera se giró para mirarle. Para darle un beso de buenos días. Salió de entre las mantas y estiró su larguirucho cuerpo.

—*Egun on* —le dijo Jon Ander con anhelo. Aún tenía la mano sobre la almohada, junto al hueco que acababa de dejar la jefa. Pensó que un abrazo o un par de mimos le hubiesen venido de maravilla.

“Qué escurridiza eres”, se dijo mientras la observaba salir del dormitorio.

Llevaba un pantalón de pijama gris claro y una sudadera roja. Era su manera de no pasar frío en aquel solitario rincón de la cama.

–*Egun on* –contestó ella ya en el pasillo.

Jon Ander Macua no se dio mucha prisa en abandonar las mantas. Sabía que en menos de cinco minutos ella abandonaría la casa con su uniforme de correr. Sudadera, mallas negras y deportivas del mismo color. La jefa no era capaz de hacer excepciones ni cuando él se quedaba a dormir. Su rutina era sagrada.

–Tienes toallas limpias en el baño –comentó asomándose por la puerta.

–Gracias. ¿El café como siempre? –preguntó Jon Ander.

–Sí, por favor. Nos vemos en media hora.

–De acuerdo.

La pantera negra desapareció ágil. Lo siguiente que escuchó el suboficial Jon Ander Macua fue el portazo.

* * *

Hacía mucho tiempo que no pasaba un rato con ella. Últimamente no hacía más que intentar recordar sus facciones, su cuerpo... pero cada minuto que pasaba la imagen era más borrosa. Se moría por estar un rato con ella... Se moría por oler aquella piel que tanto se distinguía de las del resto. La mirada esquiva, pensativa, le hizo dar el paso. Necesitaba tenerla cerca, volver a perpetuarla en su cabeza. Cogió el teléfono móvil que usaba para los encuentros y marcó el número.

–¡Hombre! Dichosos los oídos –escuchó al otro lado–. ¿Qué es de tu vida, Vikingo?

Jamás utilizaban sus verdaderos nombres. En aquellas líneas todo era una mentira o quizás la verdad más absoluta... Él había decidido apodarse Vikingo. A pesar de que vivía en

Hernani, había nacido en Hondarribia. A los hondarribitarras solían llamarlos “vikings” por un asentamiento de guerreros nórdicos que tuvo lugar en la Antigüedad. Se decía que esa era la explicación de por qué, en su pequeño pueblo costero, había más gente rubia y pelirroja que en las ciudades vecinas. Él era moreno y su familia también. Dudaba mucho de que por sus venas corriera una gota de sangre escandinava.

–Sí, ha pasado tiempo –contestó algo desganado.

No tenía ninguna gana de hablar con Mastín de su estado de ánimo ni de nada más que no fuera de ella. Muchas veces se preguntaba si aún la tendrían, si seguiría con vida... Por lo que había oído, su interlocutor era un tío grande. Muy grande. Suponía que de ahí lo de Mastín.

–¡Cuéntame, Vikingo! ¡Cuéntame! –dijo animado.

Mastín siempre parecía estar a tope. Y seguramente lo estaba. Además de lo de grande, también había llegado a sus oídos que era un *farlopero*. Vikingo no lo dudaba. Encajaba en el patrón de ese tipo de hombres. Vikingo era diferente... Él no probaba la droga. Él era de otra clase.

–Sin novedades, Mastín. Todo bien.

–Me alegro, me alegro –dijo con tono resignado al encontrar poco palique al otro lado de la línea–. ¿En qué te puedo ayudar?

–Quiero un encuentro.

–¿Con quién?

A Vikingo le molestó la pregunta. Cómo que con quién. Él nunca llamaba para encontrarse con otra persona que no fuera ella...

–Ya sabes con quién... ¿Sigue con vosotros?

–Qué cabroncete eres, Vikingo –rio al otro lado–. Si hablas de la joya de la corona, por supuesto que sigue con nosotros.

–Me gustaría verla.

–Bihotza tiene la agenda muy apretada, ya sabes... Además, desde que no la ves ha ganado muchos pretendientes.

Vikingo apretó los dientes.

–Quiero un encuentro para este fin de semana.

Mastín se carcajeó.

–¿Has oído algo de lo que he dicho? –preguntó burlón.

–Alto y claro, Mastín. ¿Y tú?

De pronto la conversación se quedó en *stand by*. El silencio se apoderó de ella.

–Creía que no iba a necesitar llamar a Castillo –amenazó Vikingo con voz seria.

Esperó respuesta. Se imaginó a ese hombre enorme, apodado Mastín, cagándose en todo, con los puños apretados y rojo de ira. Vikingo no era cualquiera. ¿Qué demonios se creía aquel imbécil?

–Deberías llamarme con más margen de maniobra... –se quejó a media voz.

–¿Cómo has dicho?

Mastín se quedó callado unos segundos.

–El encuentro será el domingo –dijo por fin. Ya no había ni un ápice de ánimo en su tono de voz.

–Perfecto.

–En la casa de la muga a las seis de la tarde.

–Allí estaré.

–De acuerdo, ¿algo más?

–Sí. Que sea la última vez que me chuleas, ¿de acuerdo?

Mastín se quedó callado.

—Ah, y que dejes la puta coca —concluyó Vikingo a la par que colgaba el teléfono.

* * *

Estaba sola en la oficina. La jefa había llamado hacía un buen rato a Jon Ander y desde entonces estaban encerrados en el despacho. Se preguntó qué estaría haciendo la parejita. Se rio por dentro. Al parecer era la única que estaba al tanto de la relación. Ellos dos eran muy discretos, pero el resto de sus compañeros claramente ciegos. ¿Es que acaso no veían los gestos, la complicidad...? Con ese equipo de sabuesos sin olfato era imposible resolver ningún caso... Menuda cuadrilla... Además de toda la complicidad, Juncal Baraibar había cambiado totalmente la manera de tratarles. Eider no sabía qué le daba Jon Ander a la jefa pero, desde luego, había conseguido que estuviese como una balsa de aceite. La tía llevaba meses tuteándoles. ¿Nadie se había dado cuenta del cambio? Le parecía increíble... Suspiró y, en el fondo, les envidió por tener lo que tenían. Se complementaban bien. Pensó con resignación que, últimamente, ella estaba bastante arisca. Después de lo de Josu, de acudir a notarios, bancos... De asumir pagos, de asumir que todo se había acabado... En resumen, habían sido unos meses duros. Consultó el teléfono móvil y se dio cuenta de que aún no había contestado al agente Ochoa. Le había propuesto tomar un café hacía semanas pero ella no se decidía. Le daba vértigo eso de volver a quedar con un tío. Los últimos doce años de su vida los había pasado con Josu... Desde los veintidós... Pensó que no..., que aún no era el momento.

“No exageres, tan solo es un café”, se dijo. “Es un tío majo. No te vendría nada mal charlar con él un rato...”

Eider guardó el móvil rápidamente ignorándose a sí misma. De momento no iba a contestar ni a pensar más en ello. Volvió a leer el informe del atraco para mantenerse entretenida. Era tan escueto que ya se lo sabía de memoria. Echó la vista atrás en lo referente a lo laboral. Jon Ander y ella habían conseguido resolver los casos que habían ido llegando a sus manos. De eso, los de jefatura no podían quejarse.

—¿Otra vez con el informe? —preguntó una voz ronca.

Jon Ander se acomodó en la silla.

—¿Qué cuenta la *churri*? —bromeó Eider.

—No te pases... —contestó su compañero muy serio.

Eider tuvo que disimular una sonrisa. Debía reconocerlo..., desde lo de Josu, estaba muy puñetera. Jon Ander tenía un carácter temperamental y cualquier día le iba a mandar a la mierda. Ella se aprovechaba porque el amor, al igual que a la jefa, le había amansado y mucho. ¿No era la música lo que amansaba?

“L’amour! Oh, la la!”, pensó divertida.

—¿Te importaría decirle a Baraibar que le pida al subcomisario Padura todos los casos de homicidio sin resolver en Euskadi de los últimos años? —preguntó mostrando toda la seriedad de la que fue capaz.

El suboficial Jon Ander Macua levantó las cejas.

—¿Cómo dices? —murmuró frunciendo el ceño.

—Los casos sin resolver... —repitió con voz cansina.

—¿Qué demonios pretendes? ¿Montar aquí el Departamento Q?

Eider apoyó los codos y colocó la cara sobre las palmas de las manos.

—¿Se lo pides, por favor? —rogó con cara de pena.

—No. Pídeselo tú —dijo respondón.

—Anda, no te cuesta nada y a ti te va a hacer más caso...

—A la que verdaderamente va a hacer caso es a ti... Pero no me refiero a Baraibar, me refiero al subcomisario Padura, alias el Torerillo...

Eider resopló.

—Sabes que está coladito por ti.

—No me toques las narices... No pienso hablar con ese señor.

Su compañero se carcajeó de buena gana.

—Apuesto a que se derrite solo con oír tu voz.

—No voy a hacerlo, Jon...

—A ver, cuéntame qué se te ha metido en esa cabecita loca —dijo el suboficial prestándole toda su atención.

—Me desquicia este punto muerto... Desde que resolvimos el caso de Maika no dejo de pensar que tal vez haya más como el de ella. Familias que aún siguen esperando que se haga justicia. Deberíamos echar un vistazo a todos ellos.

—Tenemos un caso entre manos, Eider... —masculló—. Tenemos que ir a la gasolinera de Carrefour para intentar resolver el atraco.

—No.

—¿No?

—Les he dicho a Peio y a Eneko que lo hicieran ellos.

—Joder, Eider. ¿No habíamos quedado en que iríamos nosotros dos?

–Sí, pero he cambiado de idea.

–Estás... Estás... No te aguantas ni tú, tía.

–¿Vas a ir al despacho de Baraibar? –insistió.

–Qué pesadita te pones...

–¿Tanto te cuesta? –bufó con impotencia.

Jon Ander resopló y se puso de pie. Le miró de reojo y se marchó dando grandes zancadas.

* * *

Eider y su sobrina Vanesa estaban comiendo juntas. El día seguía igual de húmedo que como había amanecido. Desde que empezó la primavera apenas había dejado de llover. Eider estaba cansada de tanta agua y sintió que tenía mojados hasta los huesos. Necesitaba una tregua. Un par de días de ambiente seco y, a poder ser, de sol. La madre de Eider se acababa de ir a Murcia con sus amigas. Desde que su sobrina había decidido irse a vivir con ella, su madre no paraba de viajar. Y hacía bien. Estaba recuperando el tiempo perdido. Viuda desde muy joven..., la pérdida de su hija mayor por culpa de una sobredosis... Un pasado demasiado dramático. Ya era hora de disfrutar.

–En verano podrías aprovechar y acompañar a la abuela en uno de sus viajes. ¿No estás harta de tanta lluvia?

Vanesa la miró de reojo. Frunció el ceño.

–Sí, estoy harta de lluvia, pero ni loca me voy con ella y con sus amigas. ¿De verdad que has pensado lo que acabas de proponerme?

Eider se echó a reír.

–¿Dónde está ahora? ¿En Lo Pagán? –preguntó su sobrina.

Afirmó con la cabeza sin poder parar de reír. Vanesa era totalmente espontánea y una refunfuñona.

—Esos destinos están llenos de viejos —replicó—. No pinto nada allí...

—Con lo bien que se lo pasan en los bailes de los hoteles... —se burló Eider. Lloraba de la risa—. Todas las noches dándolo todo. Ya sea lunes o sábado. No te vendría nada mal mover el esqueleto.

—¡Anda ya! ¡Tú estás loca! —exclamó indignada—. No quiero acabar en la pista de baile con un octogenario...

—¿Adónde te gustaría viajar? —preguntó Eider secándose las lágrimas. Decidió dejar de burlarse. No quería cabrear a la bestia.

Vanesa la miró intrigada.

—¿No tienes interés por alguna ciudad en concreto? —insistió Eider.

—Sí, claro. Por muchas.

—Pues venga, dime una. ¿A qué esperas?

—Me gustaría conocer París y ya de paso visitar Disneyland.

Eider se levantó y recogió los platos.

—Me parece bien —dijo al tiempo que metía los cubiertos en el lavavajillas—. Podemos irnos una semana en julio. Yo para entonces estaré de vacaciones. Nos cogemos las mochilas y al tren de alta velocidad. En seis horitas estamos en París.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? —preguntó seria.

—Claro.

—¿Sin condiciones?

—Me gustaría que aprobaras todo..., pero bueno... Esta vez no pondré requisitos.

Eider se giró al no escuchar respuesta. Vanesa se había quedado muy callada. No se sorprendió al verla con el móvil pegado a la cara.

—Estoy poniéndolo en el grupo de amigas —explicó con una sonrisa de oreja a oreja.

En julio me piro a París con mi tía!!! A PARÍS!!!!

Eider se acercó para darle un beso en la cabeza. Le hizo ilusión leer aquella frase en la pantalla del móvil.

Tu tía es la hostia!!!

La respuesta de su amiga Miren le gustó aún más.

—Tu tía es la hostia, y se va ya o llegará tarde —dijo Eider mientras inhalaba el aroma del cabello de su sobrina. A menudo, le daba la impresión de que su hermana Mari estaba en aquel cuerpo. Se parecían tanto... Eider agradecía tenerla a su lado. Sentía que era una especie de segunda oportunidad.

Vanesa se levantó y la abrazó.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó eufórica.

Eider aprovechó el momento. Su sobrina no era muy cariñosa. Fue un abrazo breve pero intenso. Un chute de endorfinas.

—De nada —dijo sonriendo—. Nos vemos por la tarde.

Cuando entró en el despacho de la comisaría, enseguida divisó a su compañero.

—¿Ha dejado de llover? —preguntó él al verla.

Eider frunció el ceño y metió el paraguas empapado en la papelera.

–No, ¿pues?

–Por la cara de felicidad que traes.

–¿Qué pasa, que no se puede ser feliz los días de lluvia?

–A mí me está empezando a amargar este puñetero clima –refunfuñó.

A Eider le recordó a su sobrina. Quiso proponerle también un viaje a París para alegrarle la tarde, pero enseguida desechó la idea. Ya tenía bastante con una refunfuñona para las vacaciones de verano.

–Ahí tienes la tarea que pediste esta mañana –comentó Jon Ander señalando su escritorio.

Eider se fijó en varias carpetas que había junto al ordenador.

–Los casos de homicidios sin resolver. Todos suyos, señorita Chassereau.

–Ah, genial. Gracias.

–Se ve que el subcomisario Padura te tiene un cariño especial... –murmuró su compañero.

Eider hizo caso omiso, colgó la cazadora en la silla y se acomodó. Intuía que la tarde se le iba a pasar volando.

Hacia las cinco se fue a la máquina a por un café. Echó dos sobres de azúcar. Revolvió pensativa el líquido marrón y reflexionó sobre lo que había leído. El cadáver de un varón en una cuneta de un pueblo de Bizkaia. Cuerpo sin identificar y caso sin resolver. Todo apuntaba a que era un atropello. Por los rasgos, el hombre parecía rumano, de etnia gitana. También había leído sobre una anciana donostiarra. Al principio todo apuntaba a un suicidio, pero

enseguida se hallaron indicios que hacían sospechar que había sido un asesinato. La mujer vivía sola. No tenía hijos ni marido. Se investigó a los sobrinos durante varios meses. Eran cinco y cada uno había recibido una opulenta herencia. Hacía apenas un año que habían cerrado la empresa familiar en la cual trabajaban todos ellos. Estaban en bancarrota absoluta cuando la anciana pasó a mejor vida... Pese a todas las evidencias, no encontraron ninguna prueba incriminatoria.

Luego un anciano, ídem de ídem, parecía un suicidio. Le habían diagnosticado una enfermedad terminal. No parecía una idea descabellada al principio, hasta que analizaron la postura en la que se encontraba el cadáver. Parecía de todo menos verosímil. Se sospechó de la mujer. Por evitarle sufrimiento al pobre hombre... El caso seguía abierto.

Eider apuró el café y tiró el vaso a la papelera. Regresó al despacho y se acomodó. Cogió la siguiente carpeta y, nada más abrirla, se topó con varios huesos fotografiados. La primera imagen recogía una pelvis, después observó un fémur... o tal vez era una tibia... Eider no era experta en esqueletos. Se fijó en la última fotografía. En ella estaban colocados todos los huesos hallados. Por lo visto habían aparecido en la capital alavesa. En una zona muy poco transitada de Vitoria. Entre varias vías de Renfe. Faltaban muchos huesos. El esqueleto estaba muy incompleto. Según recogía el informe, se habían encontrado pelos y saliva de perro. Algún can se lo había pasado en grande revolviendo los huesos. Leyó por encima. Un trabajador de Renfe había encontrado los huesos al ir a reparar una vía. Fue en 2013, pero, según el análisis anatómico forense, el esqueleto llevaba

allí cerca de un año. El estudio reveló que pertenecía a una mujer joven y aún seguía sin identificar. Lo que más llamó la atención de Eider fue que el cráneo no había aparecido.

Miró la silla de su compañero y estaba vacía. Eider estaba tan sumida en los casos que no le había oído marchar. Consultó el reloj. Sacó el móvil y le llamó.

—Jon, ¿puedes acercarte al despacho?

* * *

Era viernes por la tarde y su compañera le había obligado a ojear un informe. No tenía ninguna gana de leer nada, de saturar la cabeza... Pero la testaruda de Eider estaba empeñada y había insistido a más no poder. Últimamente no se le podía decir que no a nada, y por eso estaba con el informe del esqueleto sobre el escritorio.

“El lunes, el lunes... El lunes habría sido un día perfecto para echarle un vistazo”, se dijo para sí. Le costaba concentrarse.

Levantó la cabeza y se topó con la mirada de Eider. La tía no le quitaba ojo. Parecía una mandamás. Decidió concentrarse al máximo y acabar de una vez. Suspiró hondamente y empezó otra vez desde el principio. Huesos, huesos y más huesos.

—Vale, bien, ya está —dijo mirándola.

—¿Y? —preguntó ella, impaciente.

—¿Y? —Jon se encogió de hombros.

—No está el cráneo... —indicó con los ojos muy abiertos.

—Si solo fuera el cráneo... —murmuró él.

—¿Dónde está el cráneo?

—Joder, ¿y yo qué coño sé?

–Pues eso es lo que deberíamos averiguar.

–¿Averiguar? Eider, ¿de verdad que has leído el informe? Babas y pelos de perro...

–Sí, lo sé.

–¿Qué es lo que quieres saber? ¿Adentrarte en el mundo canino para investigar qué *perrete* se llevó la cabeza?

–¿En serio crees que un perro se va a llevar un cráneo? Un fémur, una tibia..., vale, de acuerdo, pero ¡una cabeza! ¡Venga ya! ¿Cómo se la llevaría? ¿Dónde colocaría los dientes para cargar con ella?

–¿De verdad que me estás hablando en serio? –pregunto con una mezcla de risa y desconcierto.

–Totalmente en serio... Aquí pone muy claro que había una vértebra cauterizada.

–Lógico. El esqueleto estaba en una vía de tren...

–¿Y si esa vértebra fuera de las del cuello?

–Entonces tendríamos la hipótesis de que el tren pasó sobre la cabeza destrozando el cráneo y cauterizando la vértebra.

Eider meneó la cabeza.

–No había rastro de huesos en las vías...

–¿Sabes cuántos trenes pasan al día por allí? –preguntó al tiempo que se levantaba.

Eider lo miraba muy seria. Él se llevó las manos a la cabeza y resopló.

–No sé para qué pierdo el tiempo... Dispara de una puta vez. Debería haber hecho esto desde el primer momento –farfulló.

–¿Y si el cuerpo fue decapitado?

–¡La madre que te parió, Eider!

—¿Pero qué te pasa? —preguntó perpleja—. ¿Tan descabe-llado te parece? —añadió levantándose también.

Jon la tenía enfrente. Ahí estaba ella. Totalmente convencida de lo que decía. Sus ojos grises y melancólicos se clavaron en los suyos. La tía tenía ese tipo de cabezonerías..., intuiciones raras... o lo que diablos fueran. Además, sus terquedades a menudo estaban relacionadas con animales. En el caso del Harakin, los cerdos, y en este, perros...

—Tú sí que has perdido la cabeza y sin decapitación...

—Vale, guay, gracias —comentó al tiempo que se ponía la cazadora. Sacó de la papelera el paraguas, que aún seguía empapado.

—El lunes, el lunes, el lunes... —farfulló Jon Ander. Contenía a duras penas su orgullo. Nuevamente estaba accediendo a las locuras de su compañera.

—¿Qué pasa el lunes?

—Hablabamos con Blanca. ¿Conoces alguna forense mejor?

Eider meneó la cabeza.

—A ver qué opina ella de la dichosa cauterización...

—Bien, me parece bien.

—¿Vas a conseguir dormir este fin de semana? —bromeó él.

—Ahora sí, gracias.

—Bien, me alegro...

—Nos vemos el lunes, Jon —se despidió Eider con una media sonrisa.

—Agur.

Jon la vio marchar y se fijó en cómo su paraguas iba dejando un rastro de gotas de agua a su paso. Miró hacia la ventana. El día seguía igual de lluvioso.